

Nitsa

Es viernes, un 16 de septiembre de 1994, y la hemorragia postolímpica salpica la *senyera*: los Presupuestos Generales del Estado se debaten agitadamente en la Moncloa. Allí, el delegado de la burguesía catalana se arrodilla en el despacho presidencial, le baja la bragueta al líder y se lleva su miembro escaso y sospechoso a la boca.

La vergüenza y el desconsuelo político son el último desagrüe y la penúltima preocupación de la juventud barcelonesa, que después de casi veinte años de bienestar y universidades sin enanos ni dictadores, está dispuesta a sintetizar su vergüenza analógica, su complejo católico y su memoria sangrienta, tirar de la cadena y abrazar un porvenir que huele a drogas de diseño, discos de electrónica, teléfonos móviles e internet. Los hijos de la democracia han cumplido la mayoría de edad, se han abstenido de ir a las urnas y ahora gobierna un tipo con el bigote recortado y la bragueta bajada.

Es una noche de septiembre y la política es una almorrana en el culo de una hormiga, internet no existe y nadie tiene móvil e Israel Ruiz está en Barcelona de vacaciones —lleva dos años estudiando Periodismo en Madrid— y se pasa por la Bonanova, recoge a Aleix y a Albert a las once de la noche, carga las maletas en su Ford Escort y les conduce hasta la plaza Joan Llongueras. Aparcan enfrente, se bajan, descargan los cien quilos en discos —todo el mundo se atribuye un porcentaje de los discos de la maleta de Aleix: Gabi afirma que la mitad son suyos, Pedro dice que el 25% y Albert que el 23%— y caminan hacia el resplandor de las dos sonrisas que brillan en la entrada. Son Patricia, la novia de Albert, y Natasha, una amiga de Serapi. Ambas se ocuparán de la taquilla del Nitsa durante los dos próximos años y formarán la comitiva de bienvenida más angelical de la noche barcelonesa. Jean Paul, un segurata francés con aspecto de robot y corazón de orangután, escolta su inocencia con una musculatura completamente desprovista de ingenuidad.

Gabi y Sonia entran y salen del piso de arriba, donde el conde Flavià está encerrado en su despacho con un puro en la mano, una copa en la otra y una bolsa de plástico por todas partes. Afuera hay

cuatro actores secundarios que parecen alérgicos a la piña y al ron. Llevan camisas muy brillantes y americanas de terciopelo. Aleix entra en el Nitsa por segunda vez en su vida y ve a los actores. Cuando reconoce a uno, quizá piense que se ha equivocado de sitio. Pero todo va muy deprisa, no hay tiempo para contemplar los agujeros ni pensar en la fatalidad. Saluda a las chicas y al segurata y conoce a Rotten, que será el DJ que le acompañe durante el próximo año. Tenía que pinchar con Albert, pero Albert se ha roto un brazo. Rotten tiene nombre de disturbio y lleva gafas de pasta, la cabeza rapada, tejanos ajustados y Martins hasta las rodillas. Y luego tiene una vocecita fina y delgada, un hilo agudo que no parece que pueda salir de su caja torácica, que es un lugar ancho y ambicioso por el que podrían desfilar los tanques del 12 de octubre.

Rotten abre la sesión con una mezcla muy atinada de soul, new wave y techno-pop. Es rápido y técnico, skatalítico e improbable, y Aleix le observa con los ojos como platos y el corazón en la boca. A los cuarenta y cinco minutos, le releva.

Aleix debuta con el «Slowly, Slowly», de Magnapop. A lo largo de la noche pinchará «Twisterella», de Ride, «Kaleidoscope», de Kaleidoscope, cuyo primer verso, «*Relax your eyes...*», sampleará en el futuro como un descosido. Y pinchará también el «Movin' On Up» de Primal Scream, «Bulletproof!», de Pop Will Eat Itself, «Wish I Was Skinny», de los Boo Radleys, «Blue Monday» y «Dreams Never End», de New Order, una canción de Mano Negra que se llama «El Jako II» y que ha remezclado alguien que lo mismo se llame Volátil, una canción que arranca con un sampler de una escena de *Los olvidados*, de Luis Buñuel, y que termina con otro que dice: «*Lo que había deseado toda mi vida, una televisión en color*». Aleix lo mezclará con un extracto de la primera grabación de un disco estereofónico, un disco que Aleix se ha comprado en Sonido Electrónico y que, en el futuro, cuando aprenda a pinchar, también empleará infinidad de veces. Pinchará a los Love y a los Kinks, y también pinchará el «Babies» de Pulp, una banda que le ha descubierto Begoña, que acaba de volver de Londres iluminada por Jarvis. Begoña ha terminado una noche de fiesta en el Turnmills, uno de los clubs fundamentales de la capital británica

a principios de los noventa. Lleva un peinado formado por treinta y siete micro coletas, en plan Björk, y termina bailando frente a una chica que lleva una camiseta que le flipa, una camiseta en la que se lee la palabra «Pulp». Y al día siguiente, verá el mismo logo, Pulp, estampado en un disco, *The Sisters E.P.* Y se lo comprará por intuición, que es el principio activo del descubrimiento y de la juventud, y se lo regalará a Aleix, sin tener la menor idea de lo que le está regalando; sin saber que se pasará los próximos meses dando vueltas en la pista giratoria al son de las inspiradísimas monturas de Jarvis.

Aleix aprovechará la última media hora, de dos y media a tres, para meter a Underworld, a The Sabres of Paradise —la banda de su admirado Andrew Weatherall, el productor del *Screamadelica*—, Laurent Garnier, Mixmaster Morris y Transglobal Underground, a los que ha visto en directo a principios de verano, en el Sónar. Pronto llega a la conclusión de que, en septiembre, cuando empiece a pinchar, destinará una parte de sus sesiones a la electrónica. Aleix sabe que el futuro está al caer. Entonces, en el Sónar, piensa que su nombre como disc jockey tendrá que ser galáctico como lo que se avecina. Considera la palabra y la escribe en su diario: Galáctico. Y la repite, pero le suena raro. DJ Galáctico. Intenta recordar otra palabra que ha escuchado mucho en boca de Pedro, pero fracasa. Hache le sugiere que se llame DJ Completo Cinco Mil y Luis apuesta por DJyaco, que es un nombre de mezclador croata o de adicto apátrida.

Transglobal Underground están sobre el escenario del primer Sónar, en la sala Apolo, y el sonido es auténticamente trascendente, subterráneo y metaglobal como el superpelotazo que se cuece en el centro de la pista, que es el centro de la Tierra, el útero del sonido, la latitud cero de una aventura que lo mismo empieza hoy. Aleix siente de nuevo que hay un camino, que tendrá que haberlo. La actuación es un vendaval de ritmos y de texturas futuristas. Alguien tiene mermelada y todo el mundo va puesto hasta las trancas. La novedad y la despoblación facilitan las sonrisas, los abrazos y los morreos homosexuales entre heteros. Y viceversa. Abrazos, sonrisas y versos cambiados, labios prestados y sexualidades abiertas. Es un subidón democrático: como bucear en una inmensa lámpara de silicona.



Alex Vergés retratado por Leire Zamora, 1996.

La noche termina tarde y Aleix regresa a casa iluminado, atraviesa el pasaje, abre la puerta, revuelve los discos, levanta la tapa del plato, pone Underworld y conecta la tele, que es algo que siempre hace cuando esta solo: la enciende y la deja sin volumen y se siente acompañado. Y luego abre las ventanas del balcón y se tumba bajo la música y las estrellas. La Grundig blanca eyacula imágenes futuristas y Aleix cambia de postura y se pone en un ángulo que le permita ver la pantalla. Ahí descubre los créditos que abren *Blade Runner*, versos blancos que se extienden sobre una metrópolis alumbrada de noche, una ciudad del futuro cuajada de chimeneas que escupen fuego y se despliegan como una Vía Láctea inesperada y superpuesta sobre el cielo azul de su cabeza. Mira a la pantalla, ve el resplandor y lee el texto torcido, un texto en inglés que habla de una «*off-world colony*» y que la voz en *off* con la que arranca la película traduce premonitoriamente como «colonia Sideral».

Es la puta palabra.

Mira al cielo y pasa una estrella fugaz. Es todo tan efímero como la juventud, tan liviano como el primer pelotazo.

La ingravidez y un alfiler.

Aleix se incorpora y lo tiene claro, no hay duda. Albert lo pronunció un día con ese ímpetu tan suyo. Dijo «error sideral» y Aleix lo apuntó y lo consideró como nombre para su banda de pop. Y ahora lo lee en los títulos de su nueva película favorita, mientras Underworld le escupe al espacio exterior y el ombligo se le expande.

Las estrellas se alinean de nuevo, y la velocidad de la luz se conjuga con la del sonido. Una vez más la historia es una frecuencia y una sonrisa, y el libro que su madre llevaba en el bolso el día que conoció a su padre, *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* —la novela de Philip K. Dick que Ridley Scott convirtió en *Blade Runner*—, despliega su eco, proclama su nota infinita en la sinfonía del caos y le susurra el sustantivo que le devorará, la palabra que más escuchará hasta el día que se muera; un vocablo constante como un taladro que terminará por chuparle la identidad, por suplantarle la mirada y consumir el crimen perfecto de su ego: Sideral se incorpora lento y Aleix se disolverá deprisa.